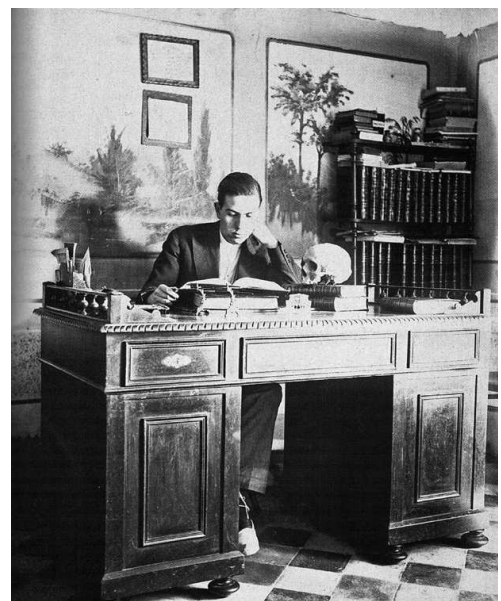


ANTÓN CASTRO

Pedro Laín Entralgo (1908-2001). Un humanista de cuerpo y alma

Pedro Laín Entralgo nació en Urrea de Gaén (Teruel) en 1908, donde su padre era médico. Allí tuvo una infancia paradisiaca: se internaba en las huertas, bajaba a pescar al río Martín y de vez en cuando se subía a una especie de alerón de los escasos coches que aparecían por la población y cometía sus primeras travesuras. De su padre se ha dicho que practicaba no solo la Medicina, sino que era un buen conocedor de la hipnosis, que realizaba medio en serio, medio en broma, en una casa cerca del río y entre los huertos. Aquellos también fueron días de fiestas campestres, de revelación de un mundo lleno de encanto, y de pájaros, y de cañaverales y de sargantanas. Más tarde, Laín estudiaría en Soria, en Teruel, en Zaragoza y en Pamplona. Zaragoza le impresionó: vivía cerca del palacio de la Audiencia, y le gustaban los lujosos cafés, los cines y los tranvías eléctricos, que parecían adelantar el porvenir. Más tarde estudió Ciencias Químicas y Medicina en Valencia y realizó estudios de psiquiatría en Viena, hacia 1932.

Pedro Laín Entralgo se sentía hijo histórico de aquella Edad de Plata de las letras y las ciencias anterior a la Guerra Civil. Había nacido y crecido en ese período en que Benito Pérez Galdós se despedía del mundo, Juan Ramón Jiménez despertaba al insuperable poeta que llevaba dentro y los científicos –sus paisanos Julio Palacios, el hombre que se atrevió a refutar a Albert Einstein, Miguel Antonio Catalán,



Pedro Laín Entralgo



Urrea de Gaén. Casa natal de Pedro Laín Entralgo

Alonso. Pedro Laín asistía a la tertulia de un exigente y burlón Valle-Inclán en La Granja del Henar y admiraba a maestros como José Ortega y Gasset o Xabier Zubiri, con quien visitaría Zaragoza en 1949. Se doctoró en Valencia en Ciencias Químicas y Medicina, conoció por entonces a la que sería su mujer Milagros Martínez, que estudiaba Químicas; pronto se inclinó por esta última disciplina, aunque ejerció muy poco tiempo. Carecía de auténtica vocación clínica, le apasionaban los fundamentos, la filosofía, el concepto de la curación, hasta el punto de que uno de sus libros más amados era *La curación por la palabra en la Antigüedad clásica* (1958).

El estallido de la Guerra Civil le condujo al bando nacional, y se afilió en Falange. En 1938 fue designado jefe del Servicio Nacional de Propaganda, transformada luego en Editora Nacional. Escribía en los periódicos del nuevo régimen, como *Arriba España*, participó en la fundación de la revista *Escorial* con Antonio Marichalar y Luis Rosales, el autor de *Abril o La casa encendida* que no pudo impedir el asesinato de Lorca, integró años después el denominado *Grupo de Burgos* (con intelectuales de la talla de Torrente Ballester, Antonio Tovar, Luis Felipe Vivanco, Dionisio Ridruejo, tan vindicado ahora por Jordi Gracia, etc.) y poco a poco, tras ser rector de la Universidad de Madrid, durante el lustro 1951-1956, se centró en sus



Pedro Laín en una visita a Urrea de Gaén

su admirado profesor Rocasolano, Blas Cabrera, Rey Pastor, Olóriz o el propio Ramón y Cajal, a quien no llegó a conocer y al que estudiaría en *Estudios y apuntes de Ramón y Cajal* en 1945, entre otros— rivalizaban con la Generación del 98 y con la creciente genialidad e impacto de la Generación del 27, que empezaba a descollar con figuras como García Lorca, Vicente Aleixandre, Rafael Alberti, Luis Cernuda o su amigo Dámaso

labores intelectuales. «No sufrí exilio interior, pero sí desconsideración del régimen», aclaró. Dimitió de su cargo en protesta por la desconsideración del régimen hacia García Calvo, Tierno Galván y José Luis Aranguren.

Su obra abraza tres grandes asuntos: la Historia de la Medicina, a la que sistematizó y abrió caminos insólitos de conocimiento y de interpretación (sus textos preferidos eran *La historia*

clínica, 1950, y *La Medicina hipocrática*, 1970), el problema de España —sostuvo que España debía ser una armonía de contrastes; lo dijo incluso poco antes de morir en Urrea de Gaén, cuando vino a recibir un homenaje y firmó un acto de conciliación sentimental antes del adiós—, y el destino del hombre. Respecto al problema de España, abogaba por la convivencia en paz de ideologías diferentes, decía que el país tiene un problema económico nacido de las enormes desigualdades sociales (declaró en 1990: «España vive bajo el ilusorio imperio del becerro de oro: jamás el mundo de las finanzas lo había copado todo como hace ahora con escandalosa impunidad») y advertía de la conflictividad regional, que cada día se complica más. Para impartir sus lecciones y sus pensamientos, leyó y analizó figuras como Marañón, Unamuno, Servet, fray Luis de Granada, Sánchez Albornoz o el ya citado Cajal, y se zambulló en la Historia con sensibilidad y afinación, con tormentosa voluntad de esclarecimiento. Y, como académico y ex director de la Real Academia Española (cargo que ocupó entre 1982 y 1987, antes de Manuel Alvar y Fernando Lázaro Carreter), lamentaba la hostilidad contra la lengua común, que le parecía una muestra de la casi improbable tarea de gobernar España. Aficionado al teatro, y aun dramaturgo más que ocasional (recibió el Premio Nacional, nada menos, y fue crítico teatral varios años en *La Gaceta ilustrada*), y periodista constante, le gustaba expandir sus ideas: difundir su obsesión por entender la vida humana y sus infinitas paradojas.

Recordaba que el intelectual debe dar razón de sí porque aspira a la intervención pública, y debe hacerlo máxime si hay mudanza en su ideología o en sus actitudes. Él se sintió obligado o inclinado a hacerlo en un libro autobiográfico que es una confesión y un exorcismo: *Descargo de conciencia* (Barral Editores, 1976; Alianza Editorial, 1989). Resumió Pedro Laín Entralgo: «No tengo remordimientos. Me equivoqué. Vi que estaba allí contra mis tendencias naturales, y con el paso del tiempo esta reflexión se me hizo evidente. Escribí el libro con el consiguiente logro de libertad personal».

Mostró siempre su preocupación filosófica por el hombre en todas sus dimensiones: el hombre como ser individual y ser histórico, el hombre como portador de enfermedad, el hombre ante su propio cuerpo, el hombre frente la vejez y el enigma inefable de la muerte. El fin le sorprendió trabajando: soñaba un libro de meditaciones acerca del trágico instante del adiós. La dialéctica fue su mejor arma de combate. Curiosamente, a pesar de su nacimiento en Urrea de Gaén (Teruel), donde están enterrados sus padres, ha dado la sensación de estar un poco lejos de Aragón. En realidad, Laín Entralgo, que era un hombre de perfil sombrío y a la vez sobrio, ha dado muestras de interés por el territorio: escribió con gran tino y sentido interpretativo del escultor Pablo Serrano, fue capaz de aproximarse a la obra de Miguel Labordeta, y la leyó con goce y hondura, y escribió una y otra vez de Gracián, de Goya, de Cajal. Lo más hermoso de su vida, además de su obra intensa



Laín Entralgo en 1994

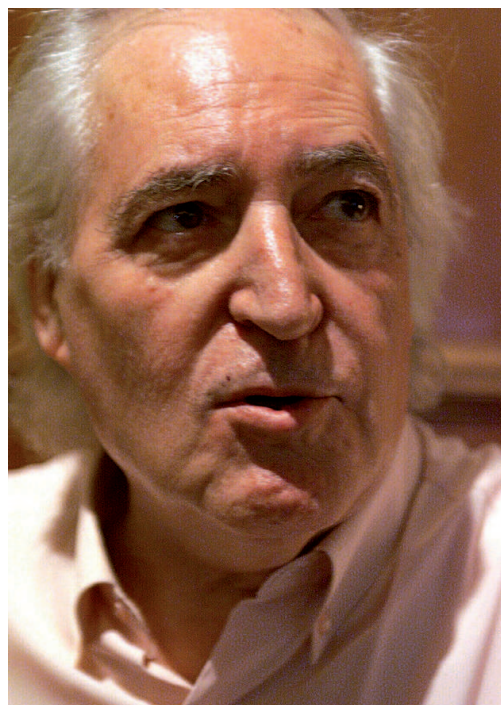
y extensa o la lista casi inacabable de premios, entre ellos el Premio Aragón, es que al final recuperó los lazos más íntimos que había perdido con el Bajo Aragón: regresó a su pueblo y volvió a ser Pedrito, volvió a recuperar la memoria familiar, recordó los lagartos del insoportable verano, las aventuras, a su padre, y además su trayectoria ya forma parte del tesoro cultural de la comarca, como se demuestra número a número desde la revista *Rujiar* de Híjar.

Alfonso Zapater (1932-2007). Escritor y periodista apasionado

«EL BAJO ARAGÓN HA SIDO PARA MÍ UN FARO,
UN REFUGIO DE LA INFANCIA Y LA MEMORIA»

Alfonso Zapater llega al bar donde nos hemos citado. El camarero sale a recibirlo, le da la mano y las gracias por todo «lo que ha hecho y ha escrito de nosotros y de esta ciudad. Llevo en este oficio más de 40 años –le dice el camarero– y el primer revuelto de mi vida se lo serví a José Oto, al cual usted conoció bien». Y tan bien que lo conoció Alfonso Zapater: Oto, aquel cantador de jota que tuvo un entierro increíble, casi tan multitudinario como el de Joaquín Costa, frecuentaba la casa de los Zapater en el molino de Urrea de Gaén y tal vez en el de Aguaviva, cerca de Mas de las Matas. Alfonso, siendo niño, lo veía a menudo y no solo eso: su propio padre, Alfonso Zapater Cerdán, un formidable bailarín que ganó el máximo galardón de baile en siete ocasiones, era su acompañante más asiduo.

«Yo nací en Albalate del Arzobispo, en julio de 1932, pero a los ocho meses ya me llevaron a Urrea de Gaén, donde mi padre era molinero a orillas del río Mar-



Alfonso Zapater

tín. Allí me crié. La infancia la pasé entre Urrea y Albalate, donde iba a párvulos al convento de Santa Ana, y asistí a clases hasta que se produjo la Guerra Civil. Mi padre se marchó a Francia de inmediato, y había una razón: ni era republicano ni nacional, no estaba comprometido con el sindicalismo ni con nadie, pero tenía una amarga experiencia. A su hermano Enrique, sin previo aviso, lo mataron en Belchite. Medía 2,02 metros, y lo fusilaron porque entraron en la fábrica de harinas en que trabajaba, le preguntaron por el jefe, y les dijo que no estaba en ese momento. Interpretaron que lo estaba protegiendo y le dispararon». La Guerra Civil dejó otros recuerdos espeluznantes en el niño: una noche percibió un silencio sepulcral en la Cuesta de las Losas, «donde yo había nacido, y de repente vimos por la calle a unos 40 hombres escoltados», añade Alfonso. Al cabo de un instante, oí

los disparos, oí la descarga en el cementerio. Y no solo eso. Siendo niño, vi matar a un hombre al que llamaban El Cachules. Recuerdo que iba con mi madre, y desde un rincón le dispararon. El moribundo se agarró a la saya de mi abuela, y oí que le decía: 'Tía Alberta, el Rata ha sido'. Y yo eché a correr muerto de miedo».

¿Qué ocurría, mientras, con su padre huido? Se había quedado en La Junquera, y por allí ayudó a salir a muchos republicanos, entre ellos, La Pasionaria y Juan Negrín. «La Pasionaria les decía: 'Sois los más fieles guardianes de mi España'. Y Negrín comentaba: 'A España la invaden pero el triunfo es nuestro'. A mi padre le dieron un pasaporte para poder marcharse a México, pero por entonces entabló amistad con un jefe de Falange de Figueras, que le expidió un certificado de buena conducta. A pesar de todo, como también llevaba aquel pasaporte para México, lo metieron en un campo de concentración en San Juan de Mozarrifar, y luego en la plaza de toros de Teruel con el objetivo de desescombrar el Seminario. Al cabo de unos meses, lo soltaron en libertad y sin cargos».

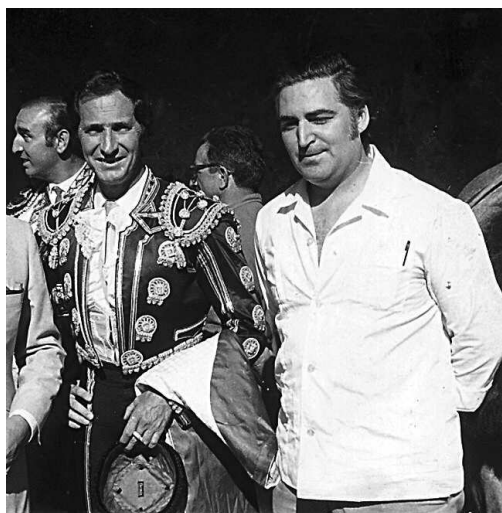
Por distintas razones, los Zapater alquilaron el molino de Aguaviva, que está muy cerca de Mas de las Matas, y allí se fueron. «Mas de las Matas fue muy importante en mi vida: allí conocí a mi profesor fundamental e inolvidable, José Miguel Balbín, que aún vive a sus 91 años. Allí hice mi primera comunión y allí empecé a escribir versos con nueve años. Y organizaba mis primeros recitales, algo que a mi padre no le gustaba demasiado. En realidad, no sé si era eso o que leyese tantos libros. Luego volvimos a Urrea, y allí el profesor don Ángel Gargallo explicó que ya no me podía enseñar más. No era verdad, seguramente, y les dijo a mis padres que tenía que estudiar en Zaragoza, que debía hacer allí el Bachillerato».

El joven Alfonso Zapater leía los clásicos, Homero y Virgilio, hacía cursos por correspondencia, llegó a montar una radio de cinco válvulas con una antena de 30 metros de largo que captaba las emisoras independientes y lejanas. «En torno a aquella radio, se reunía toda la cuadrilla: yo sacaba un altavoz y ponía la radio. ¡Qué potencia tenía: era una completa maravilla! En realidad, en esto de la radio yo había empezado con una radio galena. Mi padre la veía y casi ni se lo podía creer. Llegó la hora de irme a Zaragoza, pero mi madre para que no me maliciara, no me dejó ir».

Alfonso Zapater, entonces, escribía ya obras de teatro. Llegó a redactar una versión de *Los amantes de Teruel* en verso. «Escribí también un cuaderno gordo de pensamientos. Mi profesor me decía: '¿Es esto de Nietzsche, de Platón, de Hume, o



Retrato juvenil de Alfonso Zapater



Zapater junto a Luis Miguel Dominguín

a *Heraldo de Aragón*, y cuando se produjo el percance trágico de Linares yo leí muchas cosas sobre Manolete, cosas del periodista que firmaba El Caballero Audaz acerca de su forma de torear, sus amores con Lupe Sino, todo eso. Y llegué a pensar sinceramente que el torero muerto se había reencarnado en mí. Le cogí tamaña afición a los toros, daba tanto mal con ello, que mi padre me llevó a Tudela a ponerme delante de una vaca con la esperanza de que en cuanto la citase me daría un golpe y me olvidaría de los toros para siempre. La sorteé varias veces, pero al final me cogió. Nada grave. Y la pasión taurina lejos de desvanecerse, incrementó. Es más, un sobrino de Joselito, *el Gallo*, creo que su nombre completo era José Fernández Gómez, pasó una temporada con nosotros en el molino y me enseñó a realizar toreo de salón. Fui a más tentaderos y finalmente me hice con un traje de luces y debuté como novillero: realicé de 30 a 40 corridas entre los 17 y los 18 años. Toreé en Graus, Híjar, Alcañiz, Barcelona, Valladolid, Castellón, Cáceres, Plasencia, Trujillo, en Extremadura me llamaban mucho. Y esa actividad me ayudó a trasladarme a Madrid con todas mis inquietudes, gracias a mi apoderado Carlos Gómez de Velasco. Me instalé en la Pensión Marisol, y estando allí realicé el servicio militar: estuve tres años y a la vez trabajaba pasando cosas a máquina en una tienda de máquinas de escribir. En Madrid, por otra parte, mi tío Francisco Zapater poseía una sombrerería».

Desde muy pronto, el novillero convivía con el periodista, con el poeta, con el escritor. Y empezó a ser conocido como «el torero poeta» porque, tras la lidia, lo mismo daba conferencias que hacía un recital de sus versos e incluso se atrevía a refutar a Domingo Ortega y hablar de «el toreo como arte» en vez de «el arte del toreo». Publicó, en los primeros años cincuenta, poemarios como *Tristezas*, los sonetos de *Ramillote* o *Dulce sueño eterno*. Y empezó a hacer sus pinitos como periodista tanto en la radio del SEU como en Radio Juventud, e incluso tuvo un programa semanal que era *Palestra universitaria*, que contó con un colaborador que haría fama en la política como Rodolfo Martín Villa. Alfonso, además, publicaba sus artículos en la revista *Juventud*. Algo más tarde, mientras intentaba hacer carrera también en el teatro, ingresó en *Pueblo*, el periódico de Emilio Romero, en el que colaboraban Tico Medina, Amilibia, su paisana Pilar Narvién o Miguel Ors.

de quién?». Exageraba con absoluta sinceridad. Eran pensamientos e intuiciones del adolescente que yo era. Y además, llevado por mi pasión a la escena, escribí un auto sacramental a la manera de Pedro Calderón de la Barca». Alfonso Zapater aprendía la jota del universo de su propio padre, que llegó a crear un estilo específico, y de su madre, que cantaba con gusto. Y bailó en una ocasión en el Teatro Principal. Y en ésas andaba cuando en 1947 murió el diestro Manolete y a la vez él cayó enfermo de una pulmonía. «Había que ir a buscar penicilina a Zaragoza de contrabando, si no me hubiera muerto. Mi abuelo estaba suscrito

También entonces fue denunciado por injurias al Jefe del Estado y fue enviado a la prisión de Carabanchel durante un mes. «No recuerdo exactamente qué dije: supongo que hice alguna crítica sobre periodismo y libertad de expresión. Me defendió un abogado que era el marido de Lola Gaos. Entre otras obras, estrené *Noche de pesadilla*, una pieza que criticaba el chabolismo de la época. Antonio Buero Vallejo acudió al estreno y me dijo: ‘¿Cómo le han autorizado a usted esta obra?’. Me la autorizaron».

Esa estancia madrileña daba para mucho más, pero Alfonso Zapater acabaría regresando a Zaragoza. Ingresó en Radio Juventud y en *Amanecer*, más tarde alternó *Amanecer* y *Pueblo*, en el periódico local zaragozano como corrector de pruebas. Un día, el director Francisco Villalgordo le preguntó si le interesaba entrar en la redacción. Alfonso Zapater cosechó fama inmediata por sus reportajes por los pueblos, por su audacia. Evoca: «Una vez me subí a los andamios del Pilar y el fotógrafo Gerardo Sancho no se atrevió. José María Doñate me invitó en distintas ocasiones a incorporarme en *Heraldo*, incluso el propio director, al que también le dije que no, pero al final tuve una discusión con Villalgordo, director de *Amanecer* y me pasé a *Heraldo*, y aquí sigo». La trayectoria de Alfonso Zapater en el diario que acaba de cumplir su 110 aniversario es tan rica como variada: firmó cientos y miles de artículos de esto y de aquello; ha ido a buscar a Ramón J. Sender, con Joaquín Aranda, a su llegada a Barcelona y le sirvió de cicerone, anfitrión y cómplice; mantuvo una gran relación con Camilo José Cela, que le prologó varios libros, una amistad que procedía ya de sus tiempos de tertulias en el café Varela o en las Cuevas de Sésamo; y fue un confidente de su paisano Pedro Laín Entralgo, su padre Pedro Laín Lacasa lo operó de niño de un bulto en la ingle. «A Pedro Laín Entralgo lo conocí ya de crío. Él nació en Urrea de Gaén. Su madre era muy católica, de misa diaria casi; su padre, médico, era republicano, y su hermano José era comunista y se exilió en Rusia. Su hermana Concha quería permanecer un poco al margen. Yo me veía con él cuando era rector de la Universidad; al final, su hermano José, gravemente enfermo, regresó a España gracias a él y no lo metieron en la cárcel. Pedro se portó muy bien y José pudo morir en paz».

En esta tertulia no podría quedar al margen su compañera Pilar Delgado, actriz y rapsoda y madre de sus cinco hijos, que «poseía una compañía teatral familiar. De inmediato nos hicimos muy amigos, ella era muy aficionada a la poesía. Y recitaba muy bien. Se aprendió casi todos mis poemas. Fundó la compañía La Taguara, que también era el nombre de un bar en la calle Fita donde se hacían exposiciones de pintura». Toma aire un instante y dice: «He vivido intensamente, y el Bajo Aragón ha sido siempre un faro, un paisaje al que siempre me ha gustado volver, un refugio de la infancia y de la memoria. He vivido en Albalate y Urrea de Gaén, también he



Zapater, un gran aficionado a la música

frecuentado Alcañiz e iba al cine a Híjar, al cine Victoria y luego al Elíseo». Alfonso Zapater ha publicado más de 40 libros, ha ganado prácticamente todos los premios de Aragón, en narrativa y poesía, y fue finalista del Premio Nadal con *El accidente*, venció en el Ciudad de Barbastro de Novela con *El pueblo que se vendió*. Es autor de varios libros sobre Joaquín Costa, entre ellos la pieza teatral *Resurrección y vida de Joaquín Costa*, que se estrenó en el Teatro Principal; ha escrito historias de la jota, la serie *Aragón, pueblo a pueblo*, ha hecho la biografía del pintor Juan José Gárate, ha narrado la historia de la sublevación de Jaca, ha descrito los viajes de Don Quijote por Aragón...

«Pero la jota, como le ha ocurrido a mi padre, formó parte de mi vida. El gran jotero para mí lo fue José Oto; el cantante más académico, Jesús Gracia Tenas. La mejor voz femenina, Pascuala Perié, y luego Pilar de Lasheras; los mejores bai-



Albalate del Arzobispo. *Monumento a la Jota Aragonesa* (Ángel Orensanz, 1970), dedicado a Alfonso Zapater Cerdán, representado con Pascuala Sancho y con el cantador albalatino Manuel Gracia

ladores, Miguel Berges y su hermana, de Calanda. Ya ve: he toreado, he bailado, he llegado a bailar en una ocasión en el Teatro Principal, he escrito unos cuantos libros, he tenido muchos hijos, he disfrutado de la amistad de Laín Entralgo, Camilo José Cela, Sender, Imperio Argentina, Estrellita Castro, y de muchísimas otras personas... Y ahora vivo con una irlandesa baturra, Patricia. ¿Qué más puedo pedir?», concluye Alfonso Zapater.

El maestro de folclore y baile

Alfonso Zapater, que ha escrito de casi todo, ha dedicado muy hermosas páginas a su padre, Alfonso Zapater Cerdán, que llegó a habitar en varios molinos: en Urrea de Gaén, Híjar, Albalate del Arzobispo y Daroca. Nacido en Alcañiz, en el molino de la Alfarda de Albalate pasó la mayor parte de su juventud, y fue allí donde creó un estilo de jota bailada, que tomó el nombre del pueblo. Solía bailar la con Pascuala Sancho.

En Albalate se casó y desplegó una gran actividad en torno a la jota: creó una escuela de folclore y dio clases, y de allí salieron algunos de los mejores rondallistas, cantadores y bailadores del Bajo Aragón. Hizo lo propio en Urrea de Gaén, junto a algunos joteros conocidos como el tío Félix Barniolas, el tío Rubito y el tío Bautista Tena, que dejó un diario con todos los pormenores de su vida. Alfonso Zapater Cerdán ganó siete veces, en la modalidad de baile, el certamen de jota. Recibió un homenaje de Albalate, ya en plena posguerra, al que acudió Demetrio Galán Bergua, el gran estudioso de la jota.